

## Memoria del primer Congreso y horizonte futuro

Pbro. Dr. Carlos E. Silva Guillama, Uruguay

Agradezco a la presidencia del Congreso, a los Eminentísimos Señores Cardenales Don Raimundo Damasceno Assis, Juan Sandoval y Julio Terrazas, en especial al Departamento de Vocaciones y Ministerios del CELAM en las personas de Mons. Guido Plante y del Padre Alexis Rodríguez Vargas y a la CLAR en la persona de su Secretario General, el Padre Gabriel Naranjo, la invitación a hacer memoria del primer Congreso y a compartir una reflexión sobre nuestro “horizonte futuro”. Como Pablo, siento que “soy menos que el más pequeño de ustedes, pero (Cristo) me concede este privilegio” (Ef 3, 8).

Vengo de un país que, desde 1917 vive la realidad del secularismo que hoy ataca a otras naciones. La Iglesia que peregrina en Uruguay intenta, a pesar de las adversidades, evangelizar con el testimonio, la defensa de la vida desde su concepción y una espiritualidad “samaritana.” Esta vivencia puede ser nuestro aporte.

En el año 2008 celebré mis bodas de plata como asesor diocesano. Durante tres períodos fui secretario ejecutivo del Departamento de Vocaciones y Ministerios de la Conferencia Episcopal. Eso me permitió conocer otras naciones, intercambiar y aprender. La animación vocacional es la misión de mi vida. Forma parte de mi oración, búsqueda intelectual y acción pastoral. También motivo de sufrimientos pues no siempre es apoyada.

### Memoria

Participé del **Primer Congreso Continental de Vocaciones**. Se celebró en **Itaici**, San Pablo, Brasil. Fue convocado por el CELAM, la CLAR y la Pontificia Obra para las Vocaciones. Su lema fue: “La Pastoral Vocacional en el Continente de la Esperanza”. Se lo preparó con la colaboración de los secretarios ejecutivos de cada Conferencia Episcopal que nos reunimos por regiones. El Cono sur -por ejemplo- se reunió en Paraguay. Recuerdo que subrayamos dos puntos: el protagonismo de los laicos y el despertar de los ministerios conferidos a los laicos. El Congreso se reunió del 23 al 27 de mayo de 1994. Sus objetivos fueron: tomar conciencia de los desafíos de la Nueva Evangelización, hacer más eficaz la promoción vocacional, conseguir mayor calidad y número de vocaciones al ministerio ordenado y a la vida consagrada, promover la integración de pastoral juvenil, catequética, familiar y vocacional, suscitar el acompañamiento de los jóvenes en búsqueda.

Se partió de un “ver” la realidad en la que encontramos “luces y sombras”. Consideramos luces: el aumento de vocaciones, el testimonio de sacerdotes y consagrados que incluso derramaron su sangre -como en El Salvador-, los planes nacionales y diocesanos de pastoral, las actividades realizadas en el marco de la pastoral de conjunto, la selección de candidatos a la vida religiosa y al sacerdocio ministerial. Reconocimos sombras: la pobreza, las pastorales paralelas, etc. Reflexionamos: la realidad vocacional y sus dificultades, la calidad de las vocaciones, la teología de la pastoral vocacional y los aspectos psicológicos del discernimiento. Resaltamos el valor de la comunidad y la liturgia. Pensamos el proceso vocacional en tres etapas: **despertar, discernir y acompañar**. Compartimos experiencias. Convinimos vocacionalizar la pastoral, repensar las condiciones de ingresos a las casas de formación y crear un clima vocacional. Una anécdota: cada país participó de la expo-vocacional. Algunos trajeron abundante y excelente material, pero el premio lo obtuvo un pueblo sufrido que, sobre algunos afiches y libros colocó el retrato de sus catequistas mártires: Guatemala. Después del Congreso, el cono sur se reunió en Brasil, Chile y Uruguay para aplicar sus conclusiones a nuestras respectivas realidades.

### Horizonte futuro

Han pasado 17 años. Vivimos en distintas naciones. Representamos una América Latina y Caribeña multicultural y multiétnica (Cf. DA 35). Nos une: “una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre” (Ef 4, 5- 6). Nos une la presencia maternal de María Santísima. Somos sacerdotes, Obispos y diáconos, religiosos y religiosas, consagrados y consagradas, laicos y laicas, convocados a: “fortalecer la cultura vocacional en el Continente para que los bautizados asuman su llamado de ser discípulos y misioneros de Cristo en las circunstancias actuales de América Latina y el Caribe, a la luz de las conclusiones y del espíritu de Aparecida”. **Llamados a contemplar a Jesús** le decimos: “**Maestro..., en tu nombre echaré las redes**” (Lc 5, 4- 5).

Vivimos un tiempo pascual. Con espíritu de conversión pastoral nos dejamos encontrar por Jesús que se acerca a **la barca** de la Iglesia y de cada una de nuestras Diócesis, congregaciones, institutos seculares, asociaciones de fieles, nuevas comunidades, movimientos y equipos vocacionales. Nos pide ver (Cf. DA 19), con corazón pastoral, una realidad imposible de describir, un gigantesco cambio cultural. Tiene alcance global, es complejo y desigual (Cf. DA 34; 36; 44). Provoca crisis de sentido (Cf. DA 38) y afecta a la familia (Cf. DA 40; 49). Mientras la sociedad propone los ídolos del poder, la riqueza y el placer efímero (Cf. DA 387), la economía condiciona la vida, privilegia el lucro, estimula la competencia, promueve la injusticia (Cf. DA 61) y olvida el bien común (Cf. DA 69). Constatamos un progreso democrático y a la vez, formas autoritarias y regímenes neo populistas (Cf. DA 74). Verificamos que los medios de comunicación informan pero no forman (Cf. DA 38- 39; 45). La realidad impacta en la cultura (Cf. DA 43). Corremos el riesgo de que se desvanezca “la concepción integral del ser humano, su relación con el mundo y con Dios” (DA 44). Decía el Santo Padre Benedicto XVI en Aparecida: “quien excluye a Dios de su horizonte, falsifica el concepto de la realidad y sólo puede terminar en caminos equivocados y con recetas destructivas.” En la **orilla**, la Iglesia “ha dado testimonio de Cristo, anunciando su Evangelio y brindado su servicio de caridad...en los campos de la salud, economía solidaria, educación, trabajo, acceso a la tierra, cultura, vivienda” (DA 98). Propone la defensa de la vida (Cf. Aparecida, parte III), busca la renovación pastoral, impulsa la Pastoral Familiar y Juvenil (Cf. DA 99).

Como congresistas, no podemos olvidar “el rostro humillado de tantos hombres y mujeres de nuestros pueblos y, al mismo tiempo, su vocación a la libertad de los hijos de Dios, a la plena realización de su dignidad personal y a la fraternidad” (DA 32). Tampoco podemos dejar de escuchar el clamor de nuestros hermanos sumergidos en cuadros de pobreza y exclusión social, en especial adolescentes y jóvenes (Cf. Ex 3, 7; DA 48). Reconocemos que las comunidades indígenas y afro-americanas no siempre son tratadas con dignidad e igualdad de condiciones (Cf. DA 65). Sabemos de “muchas mujeres, que son excluidas en razón de su sexo, raza o situación socioeconómica; jóvenes, que no tienen oportunidades de progresar; pobres, desempleados, migrantes..., campesinos sin tierra... niños y niñas sometidos a la prostitución infantil...; niños víctimas del aborto. Millones de personas y familias viven en la miseria e incluso pasan hambre. Nos preocupan también quienes dependen de las drogas, las personas con capacidades diferentes, los portadores y víctima de enfermedades graves... No olvidamos a los secuestrados y a los que son víctimas de la violencia... y de la inseguridad ciudadana. Tampoco a los ancianos, que además de sentirse excluidos del sistema productivo, se ven muchas veces rechazados por su familia... Nos duele... la situación inhumana en que vive la gran mayoría de los

presos... Lamentablemente, los excluidos no son solamente “explotados” sino “sobrantes” y “desechables” (DA 65). **Fuimos enviados a servirlos.**

Han surgido nuevos protagonistas de la historia: las mujeres, los indios, los afro-americanos, los pobres y especialmente los jóvenes. Nos desafían nuevos escenarios: las culturas juveniles, urbanas y suburbanas, el cuidado de la creación, las cuestiones ecuménicas, interreligiosas e interculturales (Cf. DA 58). Valoramos el compromiso de quienes promueven a los más débiles (Cf. DA 402- 403), pero observamos un bajo número de católicos en política y en liderazgo social. Nos preguntamos: ¿hemos propuesto **la vocación laical** como transformadora de la realidad?

Fui formador durante 14 años (siete en el propedéutico de mi Diócesis y siete en el Seminario Mayor nacional). Comparto con ustedes algunas preocupaciones. Ha cambiado el perfil de quienes despiertan a su vocación, la discernen e ingresan a casas de formación. Algunos presentan cuadros de inmadurez humano-afectiva, inconsistencia, depresión o tendencia narcisista que luego dificultan el crecimiento, la auto-donación y la configuración integral con el llamado recibido. Exaltan el presente y la propia imagen. Han tenido vínculos paternos o familiares inestables que han dejado huellas en la personalidad. Establecen relaciones afectivas sin compromiso definitivo o poseen identidades sexuales no cerradas. Tienen vínculos comunitarios débiles, están centrados en sí mismo y “consumen comunidad” en vez de crearla y nutrirla como bien común. Dependen del ciberespacio que, aunque comunica, disminuye la capacidad de encuentro y alteridad (Cf. Discurso de Benedicto XVI del 13/11/10). No han sido educados para la fidelidad ni aprecian el valor de la castidad por el Reino. Otros, poseen una pobre experiencia de Dios o carecen de un proyecto de vida apoyado en valores e ideales que permitan trascender. Les cuesta entregar sus vidas a Cristo y mantener sus opciones. Sería interesante hacer un estudio de los nuevos procesos de configuración de identidades que se desprenden de las culturas actuales. A la vez, valoro la riqueza espiritual, el afecto, la búsqueda intelectual y pastoral de muchos formandos. Resalto el esfuerzo de Argentina y de la OSAR por brindar una adecuada formación. Sus encuentros me enriquecieron mucho. Somos desafiados a **buscar juntos una nueva propuesta formativa inicial** para prevenir y no hipotecar el futuro.

También me preocupa el perfil de quienes egresan de las casas de formación. Es clara la orientación del Santo Padre y del Magisterio pero, hay deserciones y escándalos. No conozco deserciones por problemas teológicos o pastorales, si por dificultades espirituales o humano-afectivas. Algunos viven su vocación como un rol, tienen una concepción rígida de la misión, se apoyan en lo que les otorga seguridad, poder, satisfacción o promoción personal. No siempre fue adecuado el proceso formativo o el acompañamiento espiritual. Es necesario reubicar el aporte de los técnicos. Por otro lado, muchos presbiterios y congregaciones religiosas están integrados por personas en formación permanente madura o avanzada y tienen pocos jóvenes. Les encomiendan todo y los recargan o no les dan suficiente espacio. En algunos, se ha debilitado la conciencia de cuerpo; tenemos líderes cansados (burnout). Como consecuencia, los vínculos son más débiles, mayores las tensiones, la susceptibilidad e inestabilidad. Se hace necesario revitalizar la identidad vocacional y el trabajo en equipo. Otros problemas crecen a medida que envejecemos. Los consagrados inmaduros y tristes son un obstáculo para el despertar de nuevas vocaciones. Desde el curso de “itinerarios vocacionales” que doy en el ITEPAL (Colombia) percibo fidelidad a la Iglesia, deseo de fraternidad, de vínculos sanos, de interactuar con personas maduras, capaces de sanar la herida primordial y otras heridas en

Cristo. Resalto el empeño del CELAM por brindar una formación integral, que contemple las áreas humano-afectiva, comunitaria, espiritual, intelectual y pastoral. La realidad nos **desafía a una renovada formación permanente integral y a una pastoral presbiteral.**

Hemos experimentamos **la noche**, hemos trabajado, pero “no hemos pescado nada” (Cf. Lc 5, 5). Fue grande el esfuerzo e insuficiente la pesca. No está clara la dimensión vocacional de la vida, no se propone el bautismo como fuente de las vocaciones, no se presentan adecuadamente las vocaciones eclesiales, no se muestra el matrimonio como vocación. Constatamos que nuestros métodos son insuficientes o inadecuados, que a veces nos falta iniciativa y creatividad. Muchos animadores están desencantados. Comprobamos que es “insuficiente número de sacerdotes y su no equitativa distribución imposibilitan que muchas comunidades puedan participar regularmente en la celebración de la Eucaristía... A esto se añade la relativa escasez de vocaciones al ministerio y a la vida consagrada. Falta espíritu misionero” (DA 100). Pero, en la noche crece la esperanza y madura la fe.

Somos Iglesia, Misterio de Comunión, **Misterio Vocacional**. Estamos llamados a ser discípulos misioneros de una Iglesia kerygmática y carismática, capaz de anunciar el kerygma -en especial a los bautizados que no participan- y reconocer que el Espíritu suscita ministerios para el bien de su pueblo. Sabemos que la Palabra de Dios escrita es una verdadera biblioteca vocacional. Es nuestra principal referencia. “La Palabra llama a cada uno personalmente, manifestando que la vida misma es vocación en relación con Dios” (Verbum Domini 77). El Maestro nos llama a remar mar adentro y ser pescadores de hombres. Decía el siervo de Dios Juan Pablo II en México: “el futuro está en las manos de Dios, pero..., Dios lo pone también en las vuestras” (28- 01- 1979). Él pone en nuestras manos el futuro de este servicio que “**tiene más futuro que pasado**” (Mons. Fajardo).

Con humildad, **aporto algunas sugerencias**. En primer lugar -en comunión con el III Congreso de Brasil- propongo hablar de un “**Servicio de Animación Vocacional**” (SAV) “transversal” a la pastoral, de una actividad “esencial y connatural” a la pastoral de las Iglesias locales (Cf. PDV 34), de un servicio a la pastoral de conjunto (Cf. PDV 34-35), de una extensión de la maternidad de la Iglesia que -con María- ama y llama a sus hijos. Presenta una concepción abierta de la misma, permite “vocacionalizar las pastorales” y desarrollar lo que cada una de ellas tiene en este sentido. El SAV tiene la finalidad de sensibilizar sobre la vocación bautismal y ayudar a despertar y discernir el proyecto de Dios para cada uno. No buscamos funcionarios, sino discípulos misioneros felices de haber encontrado a Jesús y de seguirlo. Dios realiza un **único llamado** que posee tres dimensiones: la humana o antropológica, la cristiana o bautismal y la específica o eclesial. La vida es vocación. Dios Padre nos llama a ser personas y a darle sentido a la vida. Dios Hijo nos llama a ser discípulos misioneros, a permanecer dinámicamente en el Él; todos tenemos vocación de servicio. Dios Espíritu Santo nos llama a una misión concreta. El único llamado posee varios estados de vida: laical, sacerdotal, religioso-consagrado... Desde el bautismo, cada uno de ellos es llamado a la santidad (Cf. Lv 11, 44; 19, 2; 20, 7; LG 39- 42; Verbum Domini 77). Cuando pensamos en la formación inicial y permanente, usamos el término “Pastoral Vocacional”; ella acompaña a quienes el Señor llama a servirle en una Iglesia ministerial. El número 314 de Aparecida nos propone un **decálogo**. 1) La animación vocacional es responsabilidad de todo el pueblo de Dios; 2) Comienza en la familia. 3) Continúa en la comunidad. 4) Está integrada en la pastoral ordinaria y en la parroquia. 5) Es fruto de la pastoral de conjunto. 6) Ha de dirigirse a niños y jóvenes. 7) Su objetivo es acompañar a los que el Señor llama. 8) Ha de ayudar a descubrir el sentido de la vida, elaborar un proyecto de vida y acompañar cada proceso de discernimiento. 9) Ha

de privilegiar la oración. 10) Ha de promover y coordinar las iniciativas vocacionales. Hemos de pasar de una pastoral de “espera” a un servicio de “propuestas”.

En segundo lugar, recalco la **importancia de la oración** al “Dueño de la mies” (Cf. Mt 9, 38) de todo el Pueblo de Dios. Me pregunto: ¿proponemos a nuestros adolescentes y jóvenes, espacios de oración y de encuentro con Cristo? Sin oración no florece el llamado. Cada día de mi ministerio he rezado por vocaciones. La oración me ha permitido vivir un regalo de Dios: la paternidad espiritual.

En tercer lugar, son necesarios los **itinerarios vocacionales y formativos**. Los procesos pastorales y psicológicos han de complementar a los vocacionales. El número 278 de Aparecida es el núcleo espiritual del documento. El verdadero encuentro lleva a la conversión y al seguimiento en comunidad, nos hace misioneros.

En cuarto lugar, afirmo que necesitamos formar **acompañantes espirituales y vocacionales**. La cercanía del acompañante abre a la amistad, a la búsqueda y al discernimiento.

El Maestro está en la **barca** del Congreso. Es: “El que Llama”. Nos dice:

Felices las comunidades pobres y necesitadas de vocaciones; porque, desde su generosidad, harán camino y experiencia del Dios Providente que no descuida su viña.

Felices los pacientes, porque tienen la capacidad y la posibilidad de acompañar vocaciones, de respetar el tiempo de cada uno, de escuchar, de amar y de glorificar al Espíritu Santo que siempre actúa en quienes se abren a la apasionante aventura de buscar, discernir y responder a su llamado.

Felices los que tienen hambre y sed del Reino; porque, sabiéndolo con nosotros vivirán el misterio de la vida y de la fe solidariamente.

Felices los laicos; porque con sus manos y corazón construyen un mundo más humano y dignifican y santifican el trabajo.

Felices los religiosos y religiosas, consagrados y consagradas, porque testimonian con sus vidas la fraternidad y el amor universal.

Felices los sacerdotes, porque, animando las comunidades con la Palabra, los Sacramentos y la vida, hacen visible a Jesús Pastor Bueno que es siempre fiel a su rebaño.

Felices los diáconos, por su caridad hace presente a Cristo Servidor.

Felices los que entregan sus vidas más allá de sus fronteras; porque la semilla plantada siempre dará fruto.

Felices los que sufren, porque, unidos al Redentor, vivirán la alegría de dar vida en nuevas vocaciones y en la experiencia de maternidad y paternidad espiritual recibirán el “ciento por uno”.

Felices ustedes, cuando por actuar en Pastoral Vocacional vivan la incomprensión; porque, a pesar de las dificultades, crean la Iglesia y esperan con Ella el futuro.

Felices todos; porque, habiendo respondido al llamado y habiendo aceptado el desafío de acompañar, discernen con los ojos del Dios que les dará siempre su Gracia.

Mientras ponemos el corazón de rodillas le decimos: **Señor, “quédate con nosotros”** (Lc 24, 29).